

Editorial

El niño y su independencia

Dra. Juana María Román

Pediatra

Sólo alguien que sea verdaderamente independiente se halla en realidad libre y a la vez capaz de aceptar la responsabilidad que esto implica. La independencia, la libertad y la responsabilidad son capacidades que se superponen una sobre otra. La independencia supone el poder evitar esa mutiladora ansiedad de separación que se encuentra en el fondo de la mayor parte de las condiciones neuróticas, ansiedad que es un miedo a perder la protección de una presencia interior mágica y omnipotente y simultáneamente un miedo a asfixiarse si dicha presencia es demasiado próxima.

Pocos padres desean intencionadamente conducir a sus hijos a la autodeterminación, a la independencia, considerándolos de alguna manera como una propiedad que les pertenece, minimizando así sus posibilidades, reforzando su impotencia y dando lugar a una dependencia emocional que aumentará su vulnerabilidad en esa sociedad competitiva en la que se encuentran inmersos. Hacer por el niño lo que él mismo puede hacer es frustrar la experiencia de su propia fuerza, es la demostración de nuestra falta de confianza en sus posibilidades, despojándolo del sentimiento de seguridad fundado sobre sus aptitudes para resolver problemas, poniendo en duda su derecho a ser independiente.

No se puede impedir la evolución madurativa del niño en función de una sobreprotección agobiante que dificulte el desarrollo de una personalidad adulta fuerte y autónoma.

Ciertamente los padres consideran a sus

hijos como parte de sí mismos, como una vida que aún separada de ellos les sigue perteneciendo e inconscientemente quisieran guardarse para sí esa fuerza naciente, alimentarse de ella y a nivel inconsciente intentar vivir de alguna manera, no «para los hijos» sino «de los hijos» en una relación de parasitismo absorbente.

Es evidente que el crecimiento marca el tránsito de la vida de dependencia absoluta del recién nacido, totalmente impotente, a la vida independiente del hombre adulto, de la protección total en las primeras etapas a la autonomía al final de la adolescencia. Sin embargo, es difícil renunciar progresivamente a alguien que ha supuesto la continuación genética y biológica de nosotros mismos y cuyos lazos emocionales se han introducido hasta nuestras raíces, las más profundas, y difícilmente —sino es a través de un esfuerzo consciente—, el hijo quedará aprisionado en esa red invisible que lo mantendrá unido todavía a aquel cordón umbilical que sólo fue seccionado simbólicamente manteniendo su minoría de edad hasta la adultez, y la figura de la «madre castradora» favorecerá el desarrollo de una personalidad enfermiza, insegura, dependiente y con grandes problemas de comunicación. Y así en la semblanza sobre los niños, del libanés Gibrhan queda plasmada su proyección autodeterminante:

«Vuestros hijos no son hijos vuestros
Son los hijos de la vida deseosa de perpetuarse

Vienen a través vuestro, pero no desde vosotros

Y aunque estén con vosotros, *no os pertenecen*

Podeis brindarle vuestro amor, pero no vuestros pensamientos

Porque ellos tienen sus propios pensamientos

Podeis acoger sus cuerpos, pero no sus almas

Porque sus almas habitan en la casa del mañana, que vosotros

no podeis visitar ni aún en sueños

Podeis esforzaros en ser como ellos, pero

no pretendais hacerlos
como vosotros,
Porque la vida no retrocede ni se distrae
con el ayer
Vosotros sois el arco desde el que vues-

tros hijos como flechas vivientes
son lanzados hacia adelante...».

Dra. Juana María Román
Palma, julio 1988